

María de los Santos

1938 Valparaíso en color sepia, madre e hija viajando en góndola, el paisaje se presentaba como dibujado, parecía un buen panorama, pero una maniobra repentina hizo que ellas fueran lanzadas con fiereza por la puerta trasera, no soltando la mano de la niña nunca, la pequeña azota la cabeza contra el borde de la calle, los gritos se ahogan en un silencio ensordecedor.

La muerte estaba esperando en esa esquina y se lleva a la madre de mi madre, mi abuela. Cuando las calles de Valparaíso lloraron su sangre, una niña quedó a la deriva, perdida en su dolor, una vida y una muerte estampada en una cicatriz.

Cada vez que mi madre miraba su cara frente al espejo, se peinaba el pelo de tal manera que ocultaba la cicatriz de su frente, como queriendo ocultar ese trauma y poder continuar, pero todo la llevaba a ese recuerdo, a ese momento, que pena que no hubiera recuerdos felices.

¿Cómo te describo entonces si no te conocí?, no tengo ningún objeto, recuerdo ni registros tuyos, ¿Cómo habrá sido tu rostro?, que te gustaba y que no. Los vagos recuerdos de mi madre y lo que otros decían sobre ti fueron construyendo ese nebuloso, frágil y triste imaginario que se fue armando a lo largo de los años como un incompleto puzzle. Decían que eras una mujer fuerte, luchadora, tenías tanta fuerza como el abuelo, muchos hijos, y muchas pérdidas.

¿Porque te pusieron María de los Santos?

Si cierro los ojos, te imagino y te dibujo casi logro sentir la misma textura de la piel de mi madre, esa piel aterciopelada en sus mejillas de un tostado suave, con delantal casi como un hábito, siempre cocinando, algo tosca o de pocas palabras quizás, pero generosa en su entrega a los demás, de risa fácil, mujer aguerrida. Fuiste tantas veces madre, pero no alcanzaste a ver tus hijos crecer, una vida arrebatada, un futuro inconcluso, sueños que se quebraron, besos que no se dieron.

Cuando miro mis manos, imagino que son parecidas a las de mi abuela, ¿qué más tendré de ella?, compartimos el mismo entorno biológico las tres. Quisiera haberte conocido, compartir contigo y que me abrazaras, así como mi madre también lo quiso, abrigarme en tu regazo como lo hacen algunas abuelas con sus nietos, que me contaras tus historias, tener recuerdos contigo.

María de los Santos Moraga Cáceres, con estas letras cobras vida nuevamente, honro tu presencia y tu memoria, cierro los ojos y te veo abrazando a mi madre y yo me fundo en ese abrazo.

AMMD